

Amadísimos fieles

Como ya estaba anunciado y como acabais de escuchar en breve se va a celebrar una magna asamblea eucarística en nuestro pueblo de Mondragón. Como ya se ha insinuado en la circular que hemos leído, la finalidad que se persigue no se reduce a la celebración de una jornada más o menos brillante, más o menos concurrida, sino es mucho más amplia como es el fomento de la piedad eucarística y el despertar de la conciencia de nuestros deberes eucarísticos que en síntesis son los deberes cristianos. No hacemos nada, o hacemos muy poca cosa si todo el efecto de este congreso se reduce a un grato recuerdo de un día esplendoroso en honor de este Dios anonadado, de este Dios oculto bajo las especies sacramentales. Y para despertar nuestra conciencia, para informarnos de nuestros deberes eucarísticos, en estos días que van a preceder a esta Asamblea vamos a tratar de la Eucaristía.

Y hoy, al iniciar este tema, quisieramos resaltar un punto cuyo desarrollo dejamos para los días consecutivos. Vamos a hablar de la razón de ser de la presencia real de Cristo entre nosotros. En realidad que es una verdad cuyo solo enunciado nos desconcierta. La presencia de un Dios, autor del universo, de un Dios ser perfectoísimo que de nada ni de nadie necesita, entre nosotros los hombres y un punto insignificante del universo como es nuestro planeta. Cuando este misterio se considera así ligeramente, cuando este misterio se contempla a la luz mortecina de esos conocimientos rudimentarios, elementales, dispersos y sin desarrollo lógico o metódico que hemos recibido en nuestros años de infancia en aquellos días de catequesis en que pensabamos en todo menos en lo que se nos explicaba, repito que cuando este misterio con otro cualquiera se considera a través de esos conocimientos tan pobres nada de particular tiene que nuestro espíritu se sienta envuelto de una serie de dudas y vacilaciones que la atormentan y provocan esa crisis de fé que padecemos la inmensa mayoría de los hombres, que así llegamos pensar que como dijo alguien es necesario renunciar a pensar o a discurrir para ser creyente. Es que la religión, los misterios que ella contiene no tiene más base racional donde pueda apoyarse nuestra razón para poderlos juzgar aceptables aunque sigan siendo incomprensibles? Habrá, pues, que renunciar a discurrir para poder seguir siendo creyentes? Mas de uno, muchos de los que somos víctimas de esa crisis de fé acaso pensamos que sí.

Pero yo digo ahora: será necesario que renunciemos a discurrir o a pensar o será mejor que pensemos y discurramos y estudiemos mejor las cosas antes de resolvernos ante ellas? Es que esa crisis de ~~que~~ fé que padecemos nos viene de discurrir mucho, o de lo contrario de pensar, de considerar y de reflexionar demasiado poco? Qué nociones más infantiles, qué ideas religiosas más vulgares, rudimentarias o elementales poseemos aun muchos de los hombres que por otros conceptos nos tenemos por ilustrados...? Qué desproporción entre los conocimientos profanos y los religiosos? Los hombres que discurrimos y reflexionamos acaso en materia religiosa no lo hace con nociones, conceptos, en una palabra materiales... las más de las veces completamente desproporcionados para el grado de cultura que poseemos... que no otra cosa tienen que ser esas nociones y esos conceptos que mejor o peor se nos pudieren grabar en nuestra primera edad, en aquellos días de catecismo en que nuestra atención giraba en torno a todo menos sobre lo que se nos explicaba... Acaso tuvimos alguna asignatura peor que el catecismo?

Reconozcamos noblemente: nuestra postura no debe ser la de renunciar a discurrir o a pensar. Nuestra postura tiene que ser la de salvar esta crisis discurriendo más, pensando mejor, adquiriendo ideas más claras. Enfoquemos en primer lugar los problemas como se deben enfocar, planteemoslos como se deben plantear.

No los comprendemos, se suele decir, y para no poderlos comprender porqué

nos los revela Dios y nos obliga a tener que aceptarlos si lo que nos dan es oscuridad, duda? Al parecer contra esta manera de discurrir no hay recurso. Es evidente. No los comprendemos. Para que nos interesan. Parece que Dios juega con nosotros. Efectivamente los misterios son misterios y nunca los podremos comprender, nunca descubrirá su compatibilidad interna, su esencia íntima, su naturaleza la razón del hombre por privilegio de que sea.

Pero veámoslo. Este problema no se podría plantear en otros términos, de otra forma? Acaso sería inútil preguntar e indagar si esos misterios tienen su razón de ser? Tiene para el hombre alguna utilidad, alguna razón de ser el conocimiento y la aceptación de esos misterios, ese conocimiento y esa aceptación a que le induce la religión? Acaso para la vida que se desarrolla en esta vida, en este mundo, para esta vida que tenemos que soportar y sobrellevar, para esta vida de relación, para esta vida social tienen razón de ser, tienen alguna utilidad estos misterios como son por ejemplo el misterio de la Santísima Trinidad que hoy conmemoramos, el misterio de la presencia de Cristo en la Eucaristía?

Por aquí podríamos comenzar nuestras pláticas sobre la Eucaristía. Es que solamente aquello que se comprende o algo más le interesa al hombre? Es que la vida del hombre se desenvuelve sobre lo que concibe su razón o lleva envueltos otros elementos? Si vamos a analizar las cosas comprendidas que entran en juego en el desarrollo de nuestra vida, si estudiamos las ideas del hombre y recontamos las que descansan sobre una base de comprensión, veremos que estas ideas constituyen una minoría insignificante. Y si quisiéramos reducir la vida práctica a la esfera de lo comprensible nos encontraríamos con la gran sorpresa más de que no podía ser... Exigid al que conduce un auto que tenga que comprender el funcionamiento interno del motor, exigid al que maneja una máquina que tenga que dar la razón filosófica o química o mecánica de cada una de las operaciones que realiza... En qué nos quedaríamos?